

## IMPORTANTE CENTENARIO

Restauración de la Jerarquía Católica en Inglaterra. (1850-1950)

Octubre, 1: Wembley era una asua!

Nunca el estadio de Wembley había presenciado una jornada semejante. 55.000 espectadores, mejor, actores de una grandiosa escena llenaban los escaños de la tribuna que remataba en la azul rotonda, como en una inconmensurable cúpula, encendida por un sol otoñal.

La Inglaterra católica estaba allí presente. La de hoy como la de ayer. Aquélla en la gradería para vitorear a los campeones de la Fe que en procesión simbólica habían de desfilar sobre la arena. Desde los más remotos misioneros que en el surco bretón arrojaron las primeras semillas, hasta los retoños nuevos de las actuales organizaciones parroquiales, dieciocho centurias de catolicismo estaban allí personificados en la policromía alegórica triunfal que arrancaba aplausos ensordecedores.

No era difícil reconocer en el atavío de trajes multiseculares a las grandes figuras de una Iglesia mártir: Santo Tomás Becket, Canciller de Enrique II y Arzobispo de Canterbury, el Cardenal Fisher y el humanista Tomás More, Edmundo Campion y Margaret Clithen, toda la espléndida teoría de mártires, cosecha escarlata de la Protesta Anglicana. El pueblo recordaba a sus combatientes, reconocía, a sus campeones; al Cardenal Allen, brazo de la ortodoxia cuando la Reina bastarda, como a Ricardo Challoner, el venerable Vicario de Londres que había profetizado el adve-

nimiento de "un nuevo pueblo". Pero cuando la emoción llegó hasta el paroxismo fué cuando en la arena ya trillada por los egregios mártires, apareció la alegoría cañista de Daniel O'Connell, el Tribuno, el Libertador.

La voz del speaker se cernía sobre la escena con el acento familiar de las palabras de Newman, con la emoción incontenible de una profecía cumplida:

"Algo portentoso está sucediendo en esta patria, que nos sorprende en grado sumo, que nos conmueve, que nos estimula.

Qué otra cosa cabe pensar ante semejante espectáculo sino que se trata de un fenómeno prodigioso? Y es verdad: estamos ante una renovación, ante un milagro —valga la expresión— en el curso ordinario de los acontecimientos humanos.

Grande fué Babilonia, como Tiro y Egipto, como Nínive; pero ninguno de ellos existirá jamás. La Iglesia de Inglaterra fué, la Iglesia de Inglaterra dejó de ser, pero ahora la Iglesia de Inglaterra vuelve de nuevo a ser. Este es un portento digno de ser pregonado. Este es el advenimiento de una segunda primavera" (1).

Y las multitudes enronquecían y sus labios se encendían al contacto del himno ancestral:

"Fe de nuestros padres ¡que vives aun a pesar de las cárceles, del fuego y de la espada. Con qué gozo laten nuestros corazones doquiera que oyen

aquella palabra gloriosa! Fe de nuestros padres ¡Sacrosanta Fe! Te seguiremos hasta la muerte!

Fe de nuestros padres ¡Las plegarias de María te devolverán nuestra patria a Ti. Y por la verdad que procede de Dios, Inglaterra será ciertamente libre. Fe de nuestros padres ¡Sacrosanta Fe! Te seguiremos hasta la muerte!". (2)

El drama, multitudinario Auto Sacramental de gozo desbordante, avanzaba. La Fe que se había teñido en las cárceles y en el cadalso tenía también que revestirse de escarlata en la tarde de la apoteosis de Wembley.

Eran las 3,30 p.m. cuando los Obispos se acercaban al templete eucarístico seguidos de los Cardenales de Nueva York, Toronto, Berlín, Lyon y Bruselas. Al fin precedido de un brillante cuerpo de gentileshombres, chambellanes y pronotarios la Cruz del Legado anunció la presencia de Bernardo Griffin, Cardenal Arzobispo de Westminster, Legado a latere de su Santidad.

Mgr. Marsten, Arzobispo de Birmingham dió comienzo a la Santa Misa. Las últimas palabras de la lectura del Evangelio llevaron a los oídos de los fieles entremezcladas con un suave rumor de campanas al viento. "Laudetur Jesus Christus —se oyó una voz en los altavoces— Esta es la Radio Vaticana... Su Santidad el Papa Pío XII!

Era el Pastor Angélico que se unía al goza de su grey, era el Padre que hablaba al corazón de sus hijos que ardían de fe bajo la ceniza del silencio reverente. También para los Monarcas tuvo un saludo, también para los alejados de la Sede de Pedro tuvo una palabra cariñosa.

Un CREDO rotundo rebasó las paredes del estadio, inundando la Isla de los Mártires con el eco de dieciocho centurias de catolicismo: "creo en UNA SANTA, CATOLICA Y APOSTOLICA IGLESIA."

La hostia santa se alzó a los ojos de la muchedumbre en la jornada final de las fiestas centenarias. Una centuria había pasado desde que fuera restablecida la Jerarquía Católica de Inglaterra y Gales. (3) ¿Era tan significativa la efeméride que encendió el ascua de Wembley?

1850: La Restauración de una Jerarquía despojada.

Retrocedamos al año de gracia de 1558. Con la muerte de María Tudor se cierra el ciclo de la Restauración Católica, de la cauterización de las heridas causadas por la peripecia carnavalesca de Enrique VIII. Subía ahora la trono Isabel, la hi-

ja de Ana Bolena, obediente marioneta en las manos de Cecil. Una Acta de Supremacía (29 de abril de 1559) vino a romper definitivamente con Roma, constituyendo a la Reina Virgen como "papa" de la Iglesia Anglicana. Todos los Obispos —a excepción del viejo Obispo Llandaff— se negaron a juramentarse y fueron al punto despojados de sus sedes respectivas. El catolicismo sería reducido a una exigua minoría, proscrita de la nueva sociedad que se derivaba de la Protesta. Pasemos por alto las páginas sangrientas que acompañaron con varia alternativa a esa política de exterminio. Ubiquémonos ya en el atardecer del siglo XVIII.

En 1870, los católicos alcanzaban la cifra de 70.000. Justamente dos años antes habían obtenido el reconocimiento del derecho de darse una Educación católica. Todavía en 1791 obtenían la libertad del culto sin que ello significara la facultad de hacer pública demostración de sus creencias. Conforme se liberaban de las cadenas se acentuaba su natural desarrollo. Los comienzos del siglo XIX acusaban de un aumento considerable de la población católica que ahora ascendía a 400.000

Todavía más: en el Parlamento de 1829 pasó al fin y fué ratificado, tras acerba resistencia, por Jorge IV, el "bill" que otorgaba los derechos políticos a los católicos, como el derecho de votar y ser elegido para la representación parlamentaria, aunque se les cerraba el acceso a determinados cargos públicos, en atención a las suspicacias del anglicanismo. Era la EMANCIPACION de los Católicos ciertamente un mal —argüía el duque de Wellington— pero un mal menor en comparación con la guerra civil que su negativa podía acarrear. La recia personalidad de Daniel O'Connell llena toda esta etapa transcendental.

Sin embargo, a los ojos del oficialismo anglicano parecía el catolicismo tan inofensivo que Lord Melbourne no tuvo el menor reparo de pedir la colaboración de dos católicos para puestos secundarios de su gabinete de 1834.

La era victoriana y la entronización con la sobrina de Guillermo IV del liberalismo doctrinario como fórmula de gobierno, venía a crear una atmósfera más benigna para los sectores católicos, que a mediados de esa centuria sentíanse incrementados con dos corrientes inmigratorias de muy diferente signo.

Una, exterior, integrada por una clase media, poco numerosa pero capaz, desplazada del continente por el turbión revolucionario de 1830 y 1848. También,

y principalmente, incrementada por los inmigrantes irlandeses atraídos por los modernos centros industriales. Particularmente entre 1845 y 1846 las cifras de la inmigración irlandesa subieron en forma asombrosa: eran masas de descamisados que el "hambre de la patata" arrojaba a estas playas. Así que poblaciones como Manchester que acusaban una exigua minoría de unos cuantos cientos de católicos en menos de cuarenta años contaba con una feligresía de 100.000 almas.

La otra corriente migratoria, interna, provenía del campo anglicano. Como resultado de tan acelerado crecimiento la Iglesia se ofrecía a mediados del siglo XIX en las mejores circunstancias para normalizar su administración. Era llegado el momento de crear la JERARQUÍA en una Iglesia regida en aquel entonces por 8 Vicarios Apostólicos para un millón de almas.

En efecto en 1848 los Vicarios acuerdan el envío de Ullathorne en calidad de plenipotenciario ante la Santa Sede para negociar la creación de la Jerarquía. Pero un suceso imprevisto vino a torcer el curso de las negociaciones: el Ministro Pontificio, Conde Rossi caía victimado por la revolución que proclamaba la República Romana, mientras el Papa Pío IX se refugiaba en Gaeta. Fué un breve paréntesis, porque a poco de volver a Roma promulgaba el 29 de septiembre de 1850 la Bula "Universalis Ecclesiae" que restablecía la Jerarquía Católica en Inglaterra y Gales, creando 12 obispados y el Arzobispado de Westminster para el que fué designado el Cardenal Wiseman.

#### La reacción anglicana.

La ordenación pontificia en nada tendía a modificar las relaciones existentes entre el Catolicismo y la Corona, entre el Catolicismo y el pueblo inglés. Se trataba únicamente de una medida de administración interna, de sentido enteramente espiritual. ¿Por qué, entonces reaccionó el anglicanismo con tan histéricas demostraciones de odio antiromano?

El "The Times" que debía haber guardado más cordura se expresaba con verdadera acrimonia:

"La elevación del Dr. Wiseman al imaginario arzobispado de Westminster se nos aparece como si al Papa se le antojara conferir al editor del "The Tablet" el rango y título de Duque de Smithfield. Si con semejante designación no se ha pretendido propiamente

realizar una torpe farsa, al menos séanos permitido catalogarla entre las más groseras indiscreciones e impertinencias".

"¿Cree el Papa —decía otra vez— que puede compartir con la Corona la lealtad de los fieles subditos?"

A la propaganda periodística a través de las columnas del "The Times" y de las caricaturas grotescas de la revista humorística "Punch", siguióse en las calles una verdadera explosión popular contra Roma. La serenidad inglesa salió esta vez de sus carriles. El "pueblo" quemaba efiges de Wiseman y Pío IX entre el vocerío de los que gritaban "Abajo el Papado". "Abajo el Papado!"

Muy difícil se hace ahora fijar la responsabilidad de lo que entonces sucedió. Posiblemente sin la rabia anti-romana del joven "propietario-jefe" del "The Times", John Walter, sin las declamaciones de Charles Blonfilld, Obispo anglicano de Londres, y el apasionamiento de John Russel, entonces "premier" del gabinete whig, la reacción popular habría sido mucho más serena. Pero es que los tres encarnaban la mentalidad de las altas esferas del anglicanismo afeerrado a la concepción de una Iglesia supeditada a la Corona. Por otra parte, algunas de las expresiones de los católicos, hijas más bien del entusiasmo que de la prudencia, dieron pie a los sobresaltos protestantes.

A este respecto la reacción de la Reina Victoria revela claramente el enfoque dado a la cuestión por los medios oficiales. La Soberana leyó la primera pastoral de Wiseman, sin manifestar inquietud alguna ante las palabras jubilosas del Cardenal. Pero al llegar al párrafo que dice: "así que al presente, hasta que la Santa Sede venga en proveer de otro modo, Nos gobernamos y seguiremos gobernando los condados de Middlesex, Hertfordshire y Essex" ya no pudo reprimirse y exclamó: "¿Soy o no soy la Reina de Inglaterra?"

Wiseman se refería a un gobierno espiritual; la Reina Victoria temía la ingerencia de la Iglesia en los asuntos temporales de Inglaterra. No cabía mayor desenfoque de lo que en realidad significaba el restablecimiento de la jerarquía, la cual no ambicionaba —como lo dijo el Obispo Wareing— ni un acre de tierra, y lejos de constituirse los Obispos en criaturas del Papa, venían a ser "más libres, más canónicamente establecidos, más nacionales y aun... más ingleses".

Pero en el fondo de la agitación anglicana había algo más que un simple

temor de intromisión en el gobierno del país. De diez años a esta parte el catolicismo había sufrido un cambio radical. Particularmente después de la conversión de Juan E. Newman (1845) el catolicismo había dejado de ser "inofensivo"; una audacia incontenible de proselitismo le llevaba a pisarle los terrenos a la intangible Iglesia Anglicana, que ahora se sentía minada en su mejores hombres. Diez años antes la Restauración de la Jerarquía, habría sido recibida con frialdad aun por los espíritus más hostiles.

#### Hacia un perfil definitivo.

A partir de 1850 va el catolicismo inglés acentuando su perfil característico, en cuanto su propia condición minoritaria y las circunstancias exteriores se lo permiten. Sobre el viejo tronco, una era prolongada de persecución y proscripción total de la vida pública había sedimentado un complejo de inferioridad capaz de matar toda noble iniciativa. Las corrientes inmigratorias que se inyectaron en ese cuerpo fatigado, con anterioridad a 1850, continuaron en los años siguientes obrando su alta función de mestizaje espiritual, si bien de diferente modo.

La inmigración irlandesa puso en las manos de la Jerarquía una masa irredenta que, según la describiera el propio Wiseman, se amontonaba "en intrincados laberintos de sendas, plazas, callejuelas y barriadas, nidos de ignorancia, madrigueras del vicio, de la depravación y del crimen; de la desnutrición, de la desgracia y de la tristeza: la atmósfera que respiran es el tifo, su ventilación es el cólera". Eran unas masas urgidas de catolicismo intrépido, sin rebujos, proselitista. Si la Iglesia les debía su asombroso crecimiento vegetativo, también distraían su actividad de la conversión del propio pueblo inglés. Con todo —aparte de la fuerza positiva que su número entrañaba— brindábanse como hermosísimo campo de apostolado social en una época de conmociones proletarias. Mientras en el continente perdía la Iglesia buena parte de sus hijos trabajadores, aquí, por los desvelos del Cardenal Mannig y sus colaboradores, ensanchaba cada vez más su base popular.

La otra corriente de inmigración interna —la que partía del anglicanismo— llevó a la Iglesia grupos de intelectuales, minorías selectas de más fina percepción y moderado temperamento que el acuñado por Mannig. Este constituye con Newman el binomio que cifra el catoli-

cismo inglés posterior a la restauración. Dos personalidades, que si en algo se interfirieron, maravillosamente complementaron su acción: la una en sentido social, la otra en el intelectual.

#### Recuento y apoteosis.

Ubicado ya en su ambiente y perspectiva el restablecimiento de la Jerarquía, es hora de volver a las fiestas centenarias que se desarrollaron en el calor de la apoteosis y la serenidad del recuento.

Sereno inventario de éxitos y flaquezas vinieron a ser las conferencias dictadas desde la tribuna de Chelsea Town Hall y Foyle's Art Gallery. Día tras día, eclesiásticos y laicos, fueron desplegando la centuria hasta que todos pudieron ver y palpar la pujanza de una Iglesia viva en todos los campos: sacerdocio, educación, literatura, controversias, participación política, etc.

El desarrollo pasmoso de las órdenes religiosas explica el logrado también en otros terrenos; pues de 24 órdenes que trabajaban en 1850 se ha subido en la actualidad a 210 con un total de 1575 casas por las 78 que se mantenían a duras penas a mediados del siglo pasado. Las consecuencias de ese crecimiento se han hecho sentir más directamente en el aspecto educacional: si en 1850 sólo había 236 escuelas católicas, hoy —sin contar los centros de educación especial— se alcanza la cifra de 1834 con una población escolar de 388.657 alumnos de primaria y bachillerato.

La participación de los católicos en el mundo literario ha sido relativamente elevada y de calidad. En cambio no han tomado sino muy escasa parte en la vida política. Nuestra prensa ha insistido en la necesidad de un cambio de actitud, en este sentido. Sin embargo, tiene su explicación esa flaqueza del catolicismo inglés en el complejo que le fueron creando tan largos años de persecución y ostracismo de la vida nacional. Era la atmósfera de por sí tan desabrigada para ellos que difícilmente se les hacía cambiar la tranquilidad hogareña por la lucha a la intemperie. Es preciso recordar que para los católicos estuvieron por mucho tiempo cerradas las puertas del Parlamento por el juramento anglicano que se les exigía en contra de su conciencia, y aun los derechos humanos más elementales les fueron frecuentemente violados. Todavía en la actualidad, cuando su situación ha sufrido modificaciones sustanciales, los dieciocho parlamentarios católicos (14 laboristas y 4 conservadores) no corresponden a la pro-

porción numérica de la minoría más numerosa del país, y aún su fuerza resulta enteramente diluída en la masa de los dos partidos.

Con ser tan reducida la intervención de los católicos en la vida política, representa un avance considerable sobre la etapa que precedió al restablecimiento de la Jerarquía. Entre 1850 y 1950 media un abismo. Entonces el "The Times" aludió despectivamente a Pío IX por su origen italiano; hoy nadie se atrevería a lanzar la piedra contra la minoría más numerosa, por el hecho de mantenerse fiel a un Pontífice, también italiano. Entonces la Bula fué tildada de "Agresión Papal" nada menos que por el "premier" John Russel; hoy a través de la Radio Vaticana, el sucesor de Pío IX bendice a Inglaterra, bendice al pueblo inglés, bendice a los Monarcas. Entonces se quemaban en las calles y plazas las efigies del Papa y de los Obispos entre los gritos del populacho: "Aabajo el Papado!"; hoy se prende un incendio más tremendo cuando los corazones de 85.000 católicos ponen al rojo la inmensa ascua del estadio de Wembley. Cesó ya el vocerío de "Aabajo el Papado!"; hoy es otra voz la que se oye, hoy es el CREDO de afirmación católica que desborda las paredes del estadio de Wembley para inundar el suelo de Inglaterra con el eco de dieciocho siglos de catolicismo. TE DEUM LAUDAMUS! Recibe, Señor, nuestra alabanza!: tal fué la plegaria que resonó en San Jorge, como en Southwark, como en la catedral de Westminster en las jornadas del centenario.

(5)

Pablo Ojer S. J.

Heythrop - Inglaterra, octubre, 1950

Notas:

- (1) En el primer Sínodo Provincial de Westminster, celebrado en Oscott (Birmingham) en 1852, fué pronun-

ciado el célebre sermón de J. E. Newman —entonces recién convertido— al cual pertenecen las palabras citadas, que reflejan admirablemente el entusiasmo que vivía el catolicismo a raíz de la restauración de la Jerarquía.

- 2) Estrofas del himno "Fe de nuestros Padres" que las generaciones católicas vienen cantando desde los años sangrientos de la Protesta.
- (3) La Jerarquía de Escocia fué restablecida por León XIII en 1879, con la creación de dos arzobispados y 4 sedes sufragáneas.
- (4) Aparte de la ya mencionada participación católica en el gabinete de Melbourne, se destacó, incluso al frente de importantes carteras, en diferentes gobiernos liberales hasta 1906, Lord Ripon, convertido del anglicanismo. Más tarde fué Virrey de la India.

En el gabinete de Lord Salisbury (1886) el católico Lord Llandaff fué nombrado "Home Secretary", con el fin de evitar que los católicos votaran por los Liberales.

También en el primer gabinete laborista entró un católico, John Weltheby, en calidad de Ministro de la Salud; pero fué muy pronto desplazado.

En el actual gobierno colaboran con el Sr. Atlee, en carteras de segundo orden, los católicos: Lord Pakenhan y Mr. Stokes. Esta es a grandes rasgos toda la participación de los católicos en los altos cargos de gobierno.

Christopher Hollis, M. P. "The Tablet" Londres sept. 23 - 1950.

- (5) Resulta sospechoso el silencio que la "gran prensa" londinense ha guardado respecto de las fiestas centenarias. ¿Creyeron que se trataba de un té entre amigos?...

